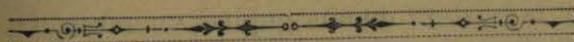


Jesús de Villahelada sabrá castigar; y vuelve á rastras, déjase caer sintiendo en las mejillas escurriduras calientes y en el pechazo un dolor como si grandes bueyes le hubieran dado un estrujón!....



Epístola Simbólica.

AL DOCTOR URRUTIA.

La extraña desazón que á veces me domina, con cierta vaguedad amarga pone en mis labios las palabras de almíbar de aquel salmo: «¡Quién me diese alas como de paloma! ¡Volaría yo y descansaría!» Y más que los abanicos de plumas de las palomas, querría las adormideras de un gran sueño!

Ayer, en el crepúsculo de oro semejante á un relámpago detenido en el cielo milagrosamente, invadióme por tu culpa la fatiga más intensa. Inconscientemente contemplaba la quietud de los cenizos eucaliptos, y tú deteniendo el carruaje barnizado me viste con despectiva compasión. Tejiste doblegada las sedeñas cintas de tus botinas de charol, y el velillo blanco de tu sombrero airoso antojábaseme tu aliento que se concretaba al respirar. Me insultabas casi por mi vestido demócrata

y la tristeza de mis pupilas vulgares. Olvidabas los altruismos de Spencer, que exigen hacer esfuerzos espontáneos en pró del bienestar de los demás.

Eres rica y admirada como las estatuillas egipcias, los collares de diamantes y las noches llenas de temblor de estrellas. Tienes el espíritu como las talladas repisas bizantinas que soportan marfiles envejecidos y lácteos alabastros. El mío tiene las resquebrajaduras de la rebelión, los riscos puntiagudos del anhelo y los socavones de las minas hulla que incuban las auroras.

¿Y á qué tu despectiva compasión, si no hice nada más que verte? Esa tu frivolidad me apena, porque á tu riqueza debes unir la sensatez. Furiosamente me desprecias, como si dulces mis miradas te dejaran hedores de tugurio, de tabaco detestable, de dinamita y de pólvora. No hay tal.

Ingresé á los batallones de la vida que defienden la justicia, y los hados en mi cuna se olvidaron de rellenarme los bolsillos con doblones. En las primeras batallas, todas las ballestas buscaron mi corazón, y comprendí que era arriesgadísimo guardarle, porque siendo de oro puro brillaba como el sol. Y entonces le llené de lodo; y siendo mi única riqueza, á pesar de las penurias no le he vendido aún. Comprendo que hago mal; pero... ¡qué quieres! la divergencia y variedad hacen la vida. No concibo á la torcaz lle-

na de espinas y á los rosales con plumas tornasoles.

Ya sé que te repugnan mis amores; por el campo y con repullos de disgusto escuchaste mis elogios por la fuerte raza del Norte, que tiene hombrazos como Roosevelt, cazador de morruecos cornudos bajo las ventiscas terribles, y dominador de pueblos con la serenidad de su alma primitiva, exenta de complicaciones y grietas como un trozo de pórfido durísimo.

En verdad no debes culparme, porque en la cuna me arrullaron las voces de los vientos libres. Por esto siento con intensidad febril el alma de la campiña, y me entusiasman las proezas sin alarde de los primeros pobladores del Kentucky. Es natural que tú, nacida entre encajes de Bruselas y punto de Inglaterra, en una cunita como una concha ó un caracol de espumas, y educada en la veneración del abolengo, no concibas sin espanto, cómo pudo el presidente de un gran pueblo dormir sobre boñigas, bajo la nieve soplada furiosamente por el viento y entre dos cow-boys cuerudos, mansos como elefantes y terribles como ellos.

Y no es como tú dices que haya olvidado el santoral patriótico; sino que en esto mismo nuestras opiniones difieren totalmente. Venero á Xicotencatl con su chimalli de plumas y sus tembleques de cobre; á Cuauhtemoc que sólo pudo caber en la patria hecho cenizas; á Tlahuicole que

hubiera vencido al gigante de Crotona, y á Nicolás Bravo que llenó de silencio á España entera. Tú idolatras al rubio Emperador cuya extraña fantasía le envejeció en unos meses como al dulce Pecopin, y sé que has llorado mucho porque una vez oíste en Veracruz, entre el retumbo de las olas que incansable y brutalmente se estrellan en el macizo malecón, una voz empapada en lágrimas que lloraba un infortunio en un lejano y poético castillo de Miramar.

superata
Ya ves cómo á pesar de tu aristocracia presunta^t—pues tu sabes que esta es producto de senectas civilizaciones—tienes un corazón lleno de piedad y de virtud. La indignación te pone roja cuando sencillamente ataviada y dominadora pasa junto al ágil automóvil que te acoge una bella mujer cuyo nombre no has leído en los carnets de los suntuosos bailes á que concurre. Y la desprecias brutalmente, como si delito fuera ser honrada, vivir en humilde habitación, respetar y unirse á su marido para sumar sus fuerzas y ser en caso dado Carlota Corday ó Juana de Arco.

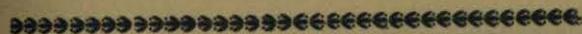
Te ríes de su sombrero sencillo y de su vestido burdo, con la vanidad de tu cabecita divina; y frunces el radioso ceño cuando por las barriadas pasas, sin fijarte en la inutilidad de tu vida murmuradora, prisionera en la turris ebúrnea de tus preocupaciones, venerando á tus parientes que rezan el rosario y tienen hi-

jos bastardos que viven en la miseria. Te enojas por mi sentir plebeyo, no adivinando que soy capaz de amarte tiernamente, ya que privado de afectos he recorrido las calles erizadas de dolores en las noches tempestuosas y en las madrugadas sombrías. Te irritas cuando la admiración me vuelve mudo viendo el sol que se hunde como una inmensa flor de oro; cuando los follajes poblados de leyendas palpitan y susurran, y cuando en el corro de tus lujosas amiguitas estoy más torpe que un aguilucho que anduviera sobre arena ó una tortuga que quisiera levantar el vuelo.

No puedo discutir acerca de la fealdad de las prendas de vestir, é ignoro si es mejor usar un fuste que un látigo con balas. No maldigas mis afectos; aplaudo los amores del Norte, porque son intensos y tranquilos, y naturales como las auroras diarias; blancos como un pedazo de mármol en la obscuridad como en el día.

Los convencionalismos irracionales me desesperan. ¡Cuántas fatigas y dolores íntimos para sostener una posición muchas veces falsa! ¿Para qué? Ya tus fastidios denuncian la verdad de mis asertos; abandona tus estufas y ven á mi corazón. Te aguardo sin ataviarme, porque no tengo varias prendas: humildemente, como soy!





Los Duendes.

A PABLO OLIVAS PRIETO.

Los niebolds de Alemania y los nissen de Suiza son de ojillos zarcos y de rostro sancocado; tal vez un poco más instruidos y afectos á la ceryeza de ámbar que nuestros pequeñines duendes mexicanos, de bronceína tez y pupilas de rata de granero. Pero si taimados son aquéllos, picarescos y ágiles son éstos.

En las noches ateridas de Diciembre, cuando la media luna parece una blanca paloma luminosa que del cielo trae mensajes, los duendecillos en las trojes juguetean, deslizándose por las burdas escaleras y columpiándose en los lazos de lechuguilla que atan los novillos al pesebre. ¡Son los monarcas del inexplorado mundo de lo pequeño y de la sombra incubadora de misterios inmensos!

En los rincones del machero, amontonan el rastrojo y la boñiga, y cuando el

fuego torna rojo el lugarcillo ¡cómo saltan y giran en redor de aquellas brasas! Se acuelillan y caliéntanse las manos que luego pasan por la frente rufa de los toros que mansamente cierran los ojos en vaguísima fruición. Contra el callo de una vaca ó con las crines de un muleto, una vaca ó con las crines de un muleto, límpianse los zapaticos diminutos y brillantes como las bellotas; sacúdense los pantalones bombachos, la blusita velluda como piel de recental, los bucles más negros que la noche y los sombreritos alones y con rizada pluma como de bravos mosqueteros.

Improvisan un largo trampolín y están de un salto en el tejado. Como la escaracha ha dejado su arenisco, van imprimiendo sus huellas, resbalándose y riéndose hasta llegar al borde obscuro del tejado, en donde con los piés colgando se sientan á platicar. El campo tiene un brillo fantástico, la atmósfera es de cristal y el frío va tostando los arbustos. De allí, saltando sobre los vidrios de botella que erizan las bardas blanquecinas, llegan á los corredores de la casa, y conteniendo la risa y de puntillas tocan las puertas con los artejos de sus deditos de muñeco. De las macetas de tomillo arrancan un manojo, y entregando las menudas hojas, aspiran con delicia. Empujan suavemente la entornada puerta de la cocina, y ya en el comedor, encienden la polvosa lámpara, sacan del cristalero el cajón de los cubiertos y cada uno con su

cuchillo se pone á marchar con pasos ridículamente marciales, estirando las piernas y abombando el vientre. Si la criada despierta, por acaso, de un soplo apagan el mechero y pellizcándose aguardan á que se duerma.

Dentro de los zapatos de la fámula esconden arvejones, invierten las dulceras y van regando los platos debajo de las camas. ¡Y hay que ver las piruetas de uno de ellos que colgado del garabato, dormitorio de las moscas, patalea como un cirquero! Otros se pintan bigotes con el hollín de las cazuelas ó muerden las cebollas, despanzurran los tomates, vacían el botecillo de la sal llenándole de ceniza, ó con el abanico de palma levantan azules flamas del humoso carbón que truena. Montan las tenazas en la escoba, sobreponen jarrillos, cafeteras y molinillos como flores de palo, atan la columna á la falleba de la puerta con un hilo, y cuando la moza adormilada empuja con desgano, el estrépito de los fragmentos de barro la dejan atontada, mientras los diablillos espían por la chimenea, aventándole pedazos de cal y rehiletos de pluma de gallina.

¡Y es que no quieren á las criadas que olvidan colocar sobre dos ladrillos en cruz, una rebanada de sandía ó algún bizcochito grajeado! En cambio, si la quieren, le llenan los barriles de agua, soplan el fogón, mondan las patatas, sacuden las budineras y abrillantan las ori-

nientas sartenes. En pleno día se les oye correr por las techumbres, reír en las ornillas y disputar en los rincones.

En las siestas bochornosas están dormidos debajo de los granados, como un diminuto ejército de caballeros medioevales; pero si el calor afloja un poco, todos vuelven á las casas dando palmadas á las mulas, tirándoles el sombrero á los caporales y carreros, ocultos en las ollas, tocan interiormente para reírse del espanto de los niños.

Poco á poco han ido dejando los poblados por la ingratitud de las gentes; pero todavía en Villahelada, la tierra que me vió nacer, hay algunos que juegan con los gansos, acedan los jarrones de leche y se comen los porosos quesos que atishan bajo tupidas alambreras.

Epístola Simbólica.

A ALFONSO CRAVIOTO.

Arturo Schopenhauer dice que la conciencia es la percepción del yo; pero tal definición refiérese á la conciencia en abstracto, pues en cuanto á la mía, es un resonador vastísimo en donde la estridulación de un cínife antójase rasgadura de velamen y la estridencia de los clarines ribombar de truenos. Esta multiplicación de cuanto pasa por el campo de mi conciencia, me atormenta febrilmente, porque yo querría que las ingratitudes no me dejaran huella, y las deformidades de la conducta humana me fuesen indiferentes. ¡Que se apaguen mis espejos frente á los Cuasimodos y los habitantes de la isla del Doctor Moreau, eso quiero. ¡No sé cómo mi maldita pituitaria se fija todavía en los caballejos purulentos y en los salivazos que desde las alturas arrojan las castas gallinazas! Opto decididamente por

la dulcísima soledad á que me condena la inferioridad de mi honradez sin mácula, y en esta soledad ¡oh esposa mía! tu recuerdo me despoja de los arreos del combatiente y á mis manos sujeta los cascabels de los niños.

Este silencio de los bosques llenos de la seguridad de su fuerza incontrastable, me cubre de pensamientos solemnes que alivian las heridas que me causara la mezquindad; y viendo la desnudez de los encinos cenicientos en perenne desarrollo tranquilo, antójaseme que Hein mintió como un chiquillo, cuando vapuleando á Madame Staël aseguró que Pan había muerto.

¡No hay tal; ni como religión, ni como símbolo! Cada ramazón arroja su sombra, exenta de bondad si por acaso duerme á sus pies un peregrino; y sin malicia si por falta de calor una sémina se pudre y muere. Si los árboles tuvieran que arrastrarse, serían los miriápodos más asquerosos; más asquerosos todavía que los que revenden el espíritu en la plaza de la abyección.

Deténgome á ver los corrugados troncos de unos oyameles inmensos, que recuerdan, no viéndoles la copa, los miembros de un elefante, y pienso en lo risible y despreciable que sería si uno de estos cíclopes doblara la cabeza ante el dueño de la tierra que le sustenta y olvidara por un momento su hermosura y gallardía.

Estos campos impassibles en la tormenta y en fortísima Primavera siempre, me han contagiado un poco de su serenidad, que no es de orgullo y menos aún de vanidad, sino de fé. Y créeme ¡oh esposa mía! que en mí te percibo y en tí palpito como una lengua bífida ó una horqueta que parte de una rama. Y es que tú eres primitiva como las fuerzas de la naturaleza que aquí muestran un puño en una roca, ríen en un borbollón de agua límpida y en una contracción levantan una colina. Hay tal solemnidad en esta selva, que muchas veces cuando en mis labios sangraba la blasfemia, la paz limpiábame los labios y los pumas de mis odios, clavando las uñas en los troncos y esperezándose, tumbábanse á dormir. La ausencia de rugidos hizome creer en la definitiva despoblación de la fauna carnífera. ¿Será así?

Bien hizo Pan en elegir la selva como ciudad feudal. Los frutos le llueven al pasar, el viento le acerca á la nariz el invisible pañuelo de batista empapado en el espíritu de las orquídeas que ponen su cestón de flores en las horcaduras de los árboles, y á sus oídos llegan las saluciones en trinos de los pájaros cantores. Y no te rías; si pudiera ser dios, querría ser Pan. ¿Y sabes por qué? Por la fortaleza y sinceridad de la floresta. Caen las hojas para que luzcan los brotes; la seroja se amasa con la tierra protegiendo las raíces, y á la postre de todos estos sacri-

ficios mútuos surge la presea de la flor premiando las voluntarias é indispensables abdicaciones. No hay lisonjas, ni calumnias, ni bajezas. Eso es propio de los hombres, que son los más animales de la tierra! Aquí, nó! Las gusaneras están sujetas á la vigilancia de los ayuntamientos de golondrinas y vencejos, y los tejones pardiscos se encargan de las lombrices. La vida se sucede con la naturalidad de lo eterno.

Yo te juro que habría sido feliz nacido arbusto; más aún si hubiera sido roca, y absolutamente feliz si no hubiera nacido. Bien es que —no por madrigal perfumadísimo— así no te hubiera conocido, ni habría sentido en tu amor el amor de la Naturaleza eterna.

Hoy, desprendiendo con mi martillo de excursión unos fragmentos de laja pizarrosa, asaltóme sin esfuerzo la idea pueril de que dentro de cuatrocientos mil quintillones de siglos—suponiendo tal duración en la tierra—¡qué digo de mí! de toda esta humanidad roñosa como un rebaño y abyecta como él, no quedará ni el recuerdo de un perfume de recuerdo; habiendo sido, por consiguiente, la más estúpida tarea haber mentido y hasta haber robado por dejar un nombre más entre los millones de nombres que brillan un instante en la memoria universal, como las miriadas de corpúsculos en una tira de sol. ¿Verdad?

La cultura intensiva del terruño mollar

ha modificado notablemente la salvaje aspereza de los dominios de Pan. No así en la ciudad: á mayor esclavitud mayor bajez, y á mayor insolencia mutismo pleno. A mí—ya te lo he confesado cien veces—me llenan de placer los vericuetos solitarios que me conducen á la montaña salvaje, en donde á pesar de la contundente afirmación del divino lírico germano, Pan no ha muerto!



Almas Huérfanas.

Quando toretes overos y novillos ^{+ ojos} es-
tantíos al rastrojo dirígense, Doña Josefa
del Hortigón levántase á oliscar. ¡Vaya
si es capaz de ponerle sinapismos á un
rinoceronte y de hacer marañas el mis-
mísimo Dédalo! ¡Qué lengua!

Cabello peinado con moco de linaza y
amarrado en dos trenzas color de nuez;
ojos aceitunados, tápalo negro, sayas de
merino y un berbiquí por lengua, exac-
tamente así, con ^{pan hecho} acucias de rabulilla, co-
rre por Villahelada la señora doña Jose-
fa del Hortigón. Ya se informó de paso
—pues á misa va— que cinco centavos de
+ acemitas se comen las Martínez para te-
ner con que adobarse las caras pañosas y
cacarañadas, aunque á distancia no se
note. Parece que Nicolás, el zanquituer-
to—Nico llamado cariñosamente—y el
boticario de rostro aborachado y ojos de
acelga, enamoran á María. ¡Qué sandios!

pan hecho con salvado y
harina

Si arrúgase de vieja como orejón de manzana. ¡Eso es terquería! Tequezquite necesita y un libro de recetas de cocina porque hacer no sabe más que atole de tapioca. ¡Que hayan quedado huérfanas muy chicas, nada quiere decir! ¡Como no tienen cabeza de tepeguaje para meterle la tarascada á Poncianito que dejó la tienda y salió Ingeniero y la tienen de duro tepetate para randa, cadeneta y punto de espina! ¡Buenas habían de ser! y sigue agujereando las honrillas

Si se dirige al santuario de Nuestro Padre Jesús de Villahelada, no es para exhalar á sus plantas oraciones abstergentes ó dejar una limosna de dos céntimos en la bacina; si va, es porque le han dicho que una de las Maya y Brunequilda, sobrina de la prestamista, con pañuelos abañuelados hacen señas al mequetrefe insulso de la tienda de los Ortiz. Y bufa y trepa la escalinata que conduce al calvario.

Montañas dentelladas envueltas en vaga neblina se antojan hornos que resuellan vapor; pinillos teosos van surgiendo de las nieblas y el nevado Xinantecatl ser simula el rescoldo de aquellos hornos gigantescos. El osudo señor cura, ginete confiadísimo en bailarín rubicán, corre que te corre, sale de Villahelada rumbo á San Mateo.

En la olmeda terregosa cuyas hojas nievan suelos y céspedes como un desplume de grises águilas, con ojos de infinita

resignación Margarita y Carmela, sobrinas del cura, miran los tempranales manzanos, la caída hojarasca que trajo la otoñada y á sombríos pensamientos obliga, y el busto en bronce oriniento de un afamado patricio. Lejos de Villahelada no podrían estar. ¿Rencor, deseo de cambio? ¡Oh, nó, nunca han sentido eso! La vida es igual en todas partes. Caminillos sembrados de dafnes, mugir y opugnación de toros, hariales falta. Más quietud antiguamente, eso sí; hoy la férrea locomotora cuando jadea, simula cernir pedrizcos. 11070

El pueblo ha cambiado. De aquellas pastorelas en casa de Pancho Azoños, con relámpagos de brea, y diablos y posadas, ni quien se acuerde. Y en espiritual retroversión recorren los familiares caminos. ¿Rencor, deseo de cambio? Oh, nó, nunca han sentido eso! ¡Y qué no han visto! Transformaciones rápidas de hábitos y casas y pobladores y campiñas, todo!

El ojo espejado de San Pedro, líquido cristal, de tan mansa espiración que el movimiento levísimo simula impreso allí por una mariposa que habiendo caído remontó el vuelo; aguas puras como pupila de niño, está hoy sin tuyas, convertido en lagunajo y abrevadero de zahonados rucios, mulas enclenques y caballejos trasiados. La culpa de . . . concejales villanchones, sin hebra de buen pensar. El escamudo bagro de . . . ; Dios le tenga en su santa gloria! y el imbécil testarrón

de... ¡requiescat in pace! ¿para qué hablar? Prisionera en fuente de sillares tallados y bravamente defendiendo el depósito, gárgolas en bronce asombradas por trépidos penachos de tuyas, ó rebosando de tazón marmóreo, ¡qué aguas aquellas del ojo de San Pedro! ¡Y nada costaría! Que done Chicago un ídolo; los riquillos tacaños zamarreros de corderos; un potro á quien haya matado las corvetas Chema Ortiz; el cura libros místicos; el vicario eternamente sacudido por zolipos, camándulas de palo; Carmela y Margarita las miniaturas que salen de sus manos; la prestamista un poquillo de lo hurtado, y la viborezna Doña Josefa que anuncie á grito abierto—lo que hará gustosa—la benéfica almoneda. Así mi pueblo salubérrimo blasonaría gustoso de poseer bajo rumoroso umbráculo tan limpias aguas, que de ellas surgir en reflejo parecen auroras, crepúsculos y estrellas.

¡Merecían los concejales que ya duermen ad perpetuam, ser levantados con trallas y en pelo, cuando blanquea Diciembre, darles un remojón. Pero nadie se mueve! Ni Celsito que tiene cara de pillo y es honrado como Jesucristo, ni Don Mauro Palas que por ecuaciones y binomios tiene la cabeza hecha un bazar, ni el amojamado Estever, ni el pulcro Prisciliano, ni nadie! ¡La tragazón maldita! ¡De tales cosas quién se acuerda! Primero está tocarse la hojaldre con el

dedo y en hollas terrizas pletóricas de séminas, guardar envoltorios de tostones disimulados con una veintena de huevos de gallina.

Que se tornen las calles sabulosas torrenteras, se dividan á mordiscos la umbrátil alameda y la variolada testera del palacio municipal, luzca tiña y sarpullido, le importa tres boñigas al honorable ayuntamiento!

Y si fuera tanto!... pero casi nada! Limpiar un poco; bello es todo de por sí! ¡Qué calles algunas! Con glauco terciopelo de pasto pequeñín como si entre las piedras corrido hubiera frescos de picada pimpinela; asomándose por muros y tejanos clavellinas y jazmines ofreciendo su primor, y en los ángulos de las calles grandes hornacinas con santos y poyatas que sostienen vasos con flores. Y al sol queriendo llevárselo, nítidas aguas que de la calle al medio van de prisa.

Por doquiera ^{de} cercados de poroso tezontle con mantos de calabacillas y un revolotear de golondrinas como de marchitas hojas de higuera llevadas por el aire. Un camino sequeroso métese atrevidamente al pueblo, y como transfuga sale allá, donde muro policromo dice por el corvo pico de un buho: nica unca, quali neutli de Villahelada (aquí hay buen pulque de Villahelada.)

Al Oriente, un cerro desmoronándose solitario; digo mal, con el cuartucho de tablas-perrera ó jaulón de falcónidas, de no

falcones, águilas

tanto loco royo
sé qué lurio zonzorrión. El camino de Montepozo, á carrera tendida va por sembrados y montes; y en la siesta soporosa ¡qué solanos vientecillos más pícaros resoplan de allí! Llegan á soazar cabezas y á enrojecer pupilas.

Aquel chaparrón eucalipto, como enorme gallo ceniciento sobre un pie, las plumas lacias y escondida la cabeza, finge dormir con honda soñarrera. Poco á poco frescas brisas empujan á otras cálidas que huyen abanicándose dulcemente, y ya de noche, vientos fríos pleiteando buscan tibieza en los rincones del Valle.

El cenizo eucalipto esponjado es justamente de casa de Doña Josefa del Hortigón. Allí estuvo la escuela del Señor Thiery, mi pobre maestro, que si no me grabó las letras, sí me tiró de los pelillos.

¡Qué obstinado recuerdo tan triste! Torrentes de luz entraban por vitrales y puertas de la escuela vetustísima. En muros carcomidos, mapas rotos, pizarrones y esferas, el polvo negrusco dejaba tintes de profunda melancolía. Fuera, trinos de gorriones. De zarcos ojos anegados en cariño, gris cabello indócilmente caído y como escuchando voces que le llamaban muy quedo, abajo de sus pies, el Señor Thiery mesuradamente recorría el salón. Francés que á nuestra patria llegó incorporado al ejército que sirvió de sostén al Emperador Maximiliano de Hapsburgo, fué de joven forjador, y según decía, nada más bello que desnudos los brazos y

con delantal de cuero crudo, mientras la forja en ansia eterna soplabá carbones, golpear hierros lívidos de rabia por dúctiles, que se coloreaban lentamente sintiéndose duros ó chillaban si gruesas gotas de sudor caían como trémulos gusanos en fugaces agonías. Ayudante de escuela fué después.

Cerraba los ojos hablando consigo mismo. ¡Nunca pude comprender lo que murmuraban los enebros! Ofrecíanme acaso aromática madera para mi féretro. Y sí, volveré.

Sólo fué mordido este hombre bueno por la trífida lengua de doña Josefa del Hortigón. ¡Que sus calzones tenían churre, que por su eterna socarra Pascualito, hijo de la señora, no aprendió las letras pronto, á pesar del talentazo del mozalvete, inédito aún; que . . . ¡rayos con doña Josefa!

Niño aún, me hizo llorar la tierna despedida del Sr. Thiery! Aquella emoción conservada en mi espíritu, se traduce pobremente hoy.

Carraspeando á intervalos hablaba: la escuela, mi hogar; vuestras pendencias y charlas dieron sabor á mis alimentos desaborados por angustias y destierro. Aquí he visto treinta veces neviscar. Enmudeció breves instantes.

¡Vivir! Es preciso entregarse á toda debilidad cuando se és fuerza y á toda fuerza cuando se és debilidad. Cuanto sabía, sabéis; hago lo que con sus hijos

las aves: os dejo con las alas débiles antes llenas de pluma. Lentas que nos sirvieron para conocer las maravillas cuya soldadura constituye la flor; láminas de sílex, granitos, pedernales y dibujos fingiránme, ya lejos, que no hubo cambio en mí, que con vosotros estoy aquí, en este salón á donde llegan los trinos que desparan los pájaros. ¡Ay, tiene el corazón para separarse de algo amado, tardanzas de molusco que va dejando estela brillante! A menudo mi pensamiento volverá; penas y ausencia elevaránle á vosotros. Así por lloro de nubes, acrecentado trepa el caudal revuelto hasta las flores polvosas del borde reseco, que en tardes estivales quizás recuerden su amorosa frescura.

Hizo una pausa; el pavimento crugiente volvió á repetir sus pasos, y el sol occiduo rápidamente aceitaba sus cabellos al cruzar por las cintas de luz que inflexibles penetraban como vidrios dorados.

Prosiguió dulcemente doblgando la cabeza como si alguno de sus oyentes hubiérase colgado á su cuello: recordaré montañas, disonos rumores de las tardes, crepúsculos de cielos tristes manchados por grandes pavones de vuelos torpes: todo, todo! Nuevamente abstraído á sí mismo se hablaba: Sí, los vermiculados hechos trizas por callos de vacas, por llantas de carretones, por el destino en fin, crecen, transfórmanse y es un individuo cada fragmento.

De pronto, rompiendo la fascinación de un pensamiento, entrecortadamente agregó: Más tarde comprenderéis; debo despedirme. Sed útiles, sed buenos; recordadme. Mi patria, desgarrada por inicua guerra, me llama. La patria, sabéis lo que es; aquella nube, este suelo, las tumbas de nuestros padres, estas lágrimas de mis ojos, estos lamentos!!.....

Con los codos en la empolvada mesa y la cabeza entre las manos, allí quedó hasta que la luna convirtió puertas y ventanas en vertederos de luz.

Recuerdo que la caterva de arrapiezos salió en silencio como en espera de azotainas que á fuerza de mansedumbre y compostura esperaba conjurar. Y hoy todavía, no sé como de aquel hombre bueno pudo hablar la trasojada Doña Josefa del Hortigón!....

